

DISCURSO

PARA EL DÍA 6 DE MAYO.

PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN EN EL TEMPLO.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—*María se entrega á Dios prontamente.*

SUBDIVISIONES.—1. Diligencia de María en entregarse á Dios.—2. No alega pretexto alguno.—3. Sobre nuestra poca prisa en darnos pronto á Dios.

PUNTO SEGUNDO.—*María se entrega á Dios para siempre.*

SUBDIVISIONES.—1. Por una cesión irrevocable.—2. Por una cesión que ha de servir de modelo á los jóvenes que quieran guardar virginidad.

Sinite parvulos venire ad me: talium est enim regnum Dei.
Dejad á los párvulos acercarse á mí; pues de ellos es el reino de Dios.

(MARC., x.)

EL reino de Dios pertenece á los niños, en cuanto ellos, por el candor de su alma, por la sencillez de sus intenciones, por su ingenuidad, docilidad, é inocencia de costumbres, pertenecen más especialmente al reino de Dios. Los Apóstoles apartaban á los niños del lado de Jesucristo, temiendo que su presencia le importunase. Observó Jesús, y poniéndose de parte de una edad hacia la cual había manifestado siempre el más tierno cariño, dijo á sus discípulos: «Dejad pasar á los niños; no les impidáis que se acerquen á mí: son pequeños y me placen, porque tienen particular derecho á la herencia celestial.» Aún hizo más el Salvador: De entre la multitud de niños que le rodeó en seguida, tomó uno de la mano, y poniéndolo en medio de sus discípulos, lo propuso á éstos por modelo, anunciándoles en tono solemne, que, según el grado de semejanza que con aquel niño tuvieran, serían más ó menos grandes en el reino de los Cielos: *Quicumque humiliaverit se sicut parvulus iste, hic major est in regno caelorum.* (MATTH. XVIII).

¿No es en cierta manera el propio modelo, C. O., pero un modelo más perfecto, el que la Iglesia pone á nuestros ojos en la festividad que hoy celebramos? Damos honor á una Criatura que en su niñez se pre-

senta á Dios, haciéndole entero sacrificio de sí misma. La Religión se adelanta en esta Santa Niña á la edad, al paso que ella sin aguardar á que el curso ordinario de la naturaleza haya madurado su razón, conoce á su Criador, al Criador de todas las cosas, ríndele homenaje, se consagra á El, sometiéndose toda entera á su servicio, con fidelidad perpetua é inviolable. Con fidelidad perpetua é inviolable digo, A. H., para que no penséis que se trata aquí de un fervor pasajero, ni que María encierra todo su amor y actividad en el espacio de algunos días. La tierna infanta nada se reserva ni á nada pone límites; lo que ofrece, lo ofrece para siempre, sin ánimo de retirar del ara la ofrenda que trae al Señor.

Vamos á ver qué medio la inspira el Cielo para asegurar su perseverancia, después de haber renunciado al mundo y abrazado el servicio de Dios. Tengo esperanzas de que imitaréis este grande ejemplo de María; porque indudablemente aprenderéis de ella, Niña como es, el modo de servir á vuestro Dios. ¡Dichosos nosotros si llegamos á ser lo que fué María Santísima! ¡Dichosos, si por una elección enteramente voluntaria y proporcionada á nuestro estado, nos entregamos al Soberano Dueño, como María se entregó; esto es, pronto, consagrándole para siempre las primicias de nuestra vida, y perseverando fieles hasta el fin de ella! Tales son los dos puntos morales que encuentro en el misterio de hoy y en los que pienso dividir este discurso.

PUNTO PRIMERO.

MARÍA SE ENTREGA Á DIOS PRONTAMENTE.

¿A dónde vá esa tierna Niña? ¿Qué proyecto se propone llevar á cabo? ¡Espectáculo digno de la admiración de los espíritus angélicos! Tres años cuenta apenas María Santísima, cuando sensible al atractivo que la llama, se impone como una obligación seguir al pié de la letra las palabras de David, y mejor dicho, la palabra del mismo Dios, que resonando en el fondo de su corazón, la dice: *Audi, filia, et vide.* (PS. XLIV); Hija especialmente amada del Cielo, escucha y contempla: *Inclina aurem tuam.* (IBID.) Dá oídos á la voz que te llama y síguela: *Obliviscere populum tuum et domum patris tui.* (IBID.) Olvídate de tu pueblo; apártate de tus parientes y deja la casa de tu padre. De este modo complacerás al Rey de la Gloria, que es el único que merece poseerte y el solo á quien te debes ofrecer en sacrificio, porque es Dios tuyo y Señor del Universo: *Et concupiscet Rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus.* (IBID.) Vocación divina es esta cuyo misterio comprende María desde luego. Usando de su razón, completamente libre ya de las tinieblas de la infancia y dotada de precoz aptitud, considera el estado que hoy abraza como el más apetecible para ella. No se detiene á deliberar; no deja para después el cumplimiento. Resuelta está; nada puede detenerla para que deje de cumplir su propósito.

¡Cómo! ¿En una edad tan tierna? Eso, por decirlo así, es morir antes de haber empezado á vivir. Eso es como sepultarse en vida. No está en edad aún de adoptar resoluciones de tan grave trascendencia. Para eso es necesario obrar con entero conocimiento, y saber lo que se renuncia. Para eso es necesario gustar antes algo de lo que da el mundo, no entregándose á la fuga antes de haber visto el peligro. ¿A qué no expone una retirada emprendida con tal precipitación? ¿Qué disgustos, qué arrepentimiento no sobrevendrán cuando la llama de la adolescencia haga sentir su calor al despertar la naturaleza; cuando el fastidio vuelva enojosa la soledad y llene de amargura las ocupaciones, oprimiendo el alma con insufrible peso? Además, la carrera es sobrado larga. ¿Para qué empezar tan pronto, sin aguardar una ocasión oportuna? ¿Para qué anticiparse al tiempo cuando hay tiempo de sobra? ¿Para qué entregarse en la infancia á prácticas tan serias? En esa vida puede Dios tener parte á su tiempo. Diferírsela no es de ningún modo negársela.

¡Vanos razonamientos, cuya ilusión descubre María al primer golpe de vista! Guiada por principios diametralmente opuestos, no escucha esas máximas tan contrarias á su amor á Dios, y á las grandes ideas de que está llena. Sigán los mundanos, dice en el secreto de su corazón, los caminos del mundo. Deslumbrados con la engañosa figura que presenta á sus ojos, creen deberle dedicar la flor de sus años; pero yo que os conozco, Dios mío, Dios de las virtudes, no puedo dejar de miraros como la única felicidad de mi vida. Vuestros serán, pues, todos los instantes de ella. A la manera que la avecilla tiene su nido en que albergarse, y la tórtola su agujero en que guarecerse, tengo yo, Señor, vuestros tabernáculos, vuestro altar, vuestra casa para mi reposo: *Passer invenit domum, et turtur nidum sibi; altaria tua, Domine virtutum* (Ps. LXXXIII). Así habla María; y para determinarse á una elección tan piadosa y pronta, para abrazarse con el objeto elegido, ¡cuántas ideas acuden á su entendimiento! ¡Cuántas reflexiones convincentes y amorosas se hace á sí misma! Que Dios es nuestro Dios en todas las edades, y en todas las ocasiones; que es cosa indigna de nosotros, así como injuriosa para el Señor, después de haber recibido de él toda la vida, devolverle una pequeña porción, y eso cuando los falsos placeres, las diversiones frívolas, las orgullosas vanidades, las pasiones ciegas, la sensualidad, los apetitos desarreglados, han consumido lo restante de ella; que cuanto más joven es la persona, más inocente y pura es á los ojos de Dios, el cual se complace en aceptar víctimas sin mancha, corazones sin malicia y enteramente puros; en fin, que el no entregarse á Dios cuanto antes, es exponerse voluntariamente á no poderse entregar nunca, porque todo retardo en esta materia suele ser causa de que Dios se aleje de nosotros, ó de que nosotros nos alejemos de Dios hasta tal punto, que sea imposible en adelante el volver Dios á nosotros, ó el que nosotros volvamos á Dios..... Tales fueron, A. H. M., las reflexiones que el Espíritu Santo sugirió á María y cuyo sentido no podemos comprender enteramente, por cuanto son

misterios sobrado altos para nuestra inteligencia, reflexiones que excitaron en su alma vivísimos deseos de divorciarse enteramente del mundo. ¡Cuánto la parecía tardar el verse en la santa mansión donde el Altísimo habita, y á la que la llamaba! ¡Cuánto el desembarazarse de todo lazo terrenal, abrazándose con Dios, poseyéndole, y siendo poseída de él! ¡Cómo meditaba en silencio, con recogimiento profundo en sus infinitas perfecciones! ¡Cómo en la dulce expansión de su alma, le exponía confiadamente sus comunicaciones! Desconocida quedará para todo el mundo, que es lo que la Santa Niña pide, con tal que sea conocida y se atraiga las miradas y la atención de su Dios. Privada estará de los consuelos humanos, que es lo que ella desea, con tal que pueda descansar tranquilamente gozando de su Dios. Y en efecto, ¿qué puede querer más? ¿No es bastante Dios para satisfacerla? ¿*A te quid volui?* (Ps. LXXII). Por una contradicción de principios y de sentimientos deplorables, sucede, C. O., que la vida que María abraza con devoto apresuramiento, y en la que hace consistir toda la felicidad, es considerada por muchos jóvenes de uno y otro sexo, como la vida más enojosa y triste, mirándola, no ya con indiferencia, sino con desprecio, sino con disgusto, sino con invencible repugnancia, sino con manifiesto horror. Cuando yo les proponga á María como modelo que deben imitar; cuando les trace un plan de vida tal como la describe San Ambrosio, tal como la Santísima Virgen la observó en el Templo, esto es, una vida ocupada en piadosas prácticas, en sólidas consideraciones, en un serio examen de sí misma, en frecuentes pláticas con Dios, en oración y en obras arregladas, en la lectura de buenos libros, y en el trabajo manual; una vida pura de toda falta, exenta de todo hábito pecaminoso, de toda relación ménos espiritual, sin género alguno de disipación, sin deseo de placeres vanos, lejos del esparcimiento y de reuniones mundanas; una vida llena de buenas obras, y adornada de todas las virtudes; cuando yo, repito, les proponga á María como vivo ejemplo, á fin de que se sujeten á imitar su vida, de seguro lastimaré la susceptibilidad de tales personas, sublevándolas contra mí; indudablemente les suministraré pretexto para que me traten de hombre propenso á la singularidad, de consultor exagerado en mis dictámenes, ignorante de los usos del mundo, y sin conocimiento de la vida social.

Con todo, preguntaré á esas gentes: ¿en qué página del Evangelio han leído que haya edades privilegiadas, en las que sea permitido eximirse de la ley, vivir á gusto suyo, satisfacer sus pasiones, sin dar á Dios el culto legítimo que de nosotros exige? Si en cualquier edad el cristiano es cristiano, en cualquier edad debe conducirse como cristiano; en cualquier edad ha de ser arreglado en sus costumbres, severo con sus sentidos, mortificado en sus deseos: en cualquier edad ha de precaverse contra el pecado, practicando las virtudes á que la razón y la religión le obligan. Cosa extraña sería que á poco de haber recibido el agua del Bautismo, en el que, con solemne juramento, renun-

ciasteis al mundo y á la carne, para entregaros únicamente á Dios, obedeciendo sus divinos mandamientos, fuerais libres, al hacer por primera vez uso de vuestra vida, para olvidar á Dios, negándoos á la observancia de sus preceptos, por seguir como ciegos las sugerencias de la carne corrompida, y entregándoos enteramente al mundo. En el contrato que celebrasteis, y en la palabra que habéis empeñado, no hicisteis, por cierto, diferencia de edades. Las promesas fueron absolutas, perpetuas, ilimitadas. ¿Quién os da derecho para poner las restricciones que no tuvieron, que no pudieron tener entónces?

Sería, pues, oh juventud cristiana, culpable infidelidad portarse así con Dios, y sería, sobre infidelidad, muy grave perjuicio para nosotros. Quizás no lo conozcáis ahora, deslumbrados jóvenes; pero día vendrá en que os ha de pesar no haber adquirido los tesoros que teníais á vuestra disposición y con los cuales pudierais haberos enriquecido al principio de vuestra vida. Día vendrá, sí, en que mudéis de modo de pensar, porque siempre llega un día en que el hombre de edad madura conoce sus antiguos extravíos, los que no sin propiedad llama locuras de la juventud. Entónces tendréis por nada el tiempo consumido inútilmente, ó lo que es lo mismo, perdido á los ojos de Dios. Durante la juventud, el fuego que la agita hace sacudir el yugo de la dependencia tan pronto como se comienza á sentir su peso, no hallando gusto sino en vivir sin freno. Durante la juventud se tiene por felicidad suprema pasar los días sin contradicción de nadie y en plena libertad; pero después del desorden, después de las continuas caídas, se empieza á sentir el cansancio que ocasiona el caminar por las sendas del vicio. Cuando el fuego de la juventud se amortigua, cuando el encanto se disipa y viene la reflexión que hace ver las cosas bajo diferente aspecto, entónces se principia el hombre á sentir, aplicándose á sí mismo lo que el Apóstol decía á los romanos: *¿Quem fructum habuistis in illis, in quibus nunc erubescitis?* (ROM., VI). ¿Qué me queda, dice, de aquel libertinaje á que me abandoné, de aquéllos placeres que me tenían como embriagado? Sin contar la inmensa deuda de que debo responder á Dios, ¿qué hice yo para salvarme? ¿Era nunca demasiado pronto para merecer una eternidad de dicha, aun cuando para alcanzarla hubiese tenido que emplear todos los instantes de una existencia, tan breve como es? ¿Qué he ganado? ¿Qué bien he adquirido en cambio de mi indolencia? *¿Quem fructum habuistis?*

¡Ah, jóvenes desacordados! No pasará mucho tiempo sin que conozcáis por una triste experiencia, y bien á costa vuestra, la verdad de aquellas palabras del Profeta, á saber: Que son infinitas las ventajas que reporta el hombre de llevar el yugo del Señor desde la juventud: *Bonum est vivo eum portaverit jugum ab adolescentia.* (TREN., III). Una juventud arreglada ¡de cuántos extravíos os preservará y cuántos buenos hábitos os hará contraer, los cuales os allanarán el camino, poniéndoos en estado de consagraros á Dios, como María Santísima, no sólo pronto, sino para siempre! Para siempre: hé aquí la materia de que voy á hablaros en la segunda parte.

PUNTO SEGUNDO.

MARÍA SE ENTREGA Á DIOS PARA SIEMPRE.

A Dios inmortal, á Dios que existe desde la eternidad, y nunca mientras la eternidad dure, puede dejar de ser; al Rey de los siglos pertenece únicamente, dice el Apóstol San Pablo, todo honor y gloria: *Regi saculorum immortalis, soli Deo, honor et gloria in sacula saculorum,* (TIM. I). Poco sería para la Virgen dar á Dios sus primeros años, y menos encerrar la consagración que de sí misma le hace, dentro de una época fija, de un determinado período, porque su amor no tiene límites. En la actualidad, y en la disposición en que se encuentra, comprende todo el tiempo venidero al abrazar el servicio del Señor, sin que le parezca ese tiempo tan largo, que deje de proponerse adelantar constantemente y sin descanso en él, hasta llegar al límite de su carrera. Ni podía pensar en detenerse en un término prefijado, la que, transportada de júbilo, exclama con la Esposa de los Cantares: Encontré y poseo el Divino Esposo á quien buscaba: *Inveni.* Nada en adelante será capaz de separarme de él, pues que en él estoy para siempre y él está en mí: *Tenui eum, nec dimittam.* (CANT. III). La resolución está tomada; la elección hecha: es demasiado útil para mí, y además sobrado justa para que la retracte: *Tenui eum, nec dimittam.*

María no se detiene aquí, sino que enterada de la humana debilidad y de la desconfianza que debe tenerse de los sentimientos, por más sinceros que puedan ser, no se promete, con orgullosa presunción, una perseverancia de que el hombre no puede responder con absoluta certidumbre, creyéndose expuesto, como los demás mortales, á las vicisitudes que ellos padecen. ¿Cuál es, pues, el medio que adopta, inspirada por la gracia, para asegurarse? Ya lo sabéis, H. M.; y y si lo hubieseis olvidado, la festividad de hoy os lo recordaría. El medio que María elige es el de renunciar á su voluntad propia ofreciéndola á Dios en sacrificio. ¿Y en qué consiste el sacrificio? En imponerse con voto una obligación. Una obligación religiosa, contraída al pié de los altares, á presencia de Dios, á quien María ama tan ardentemente, y en las manos de su ministro, era cosa extraordinaria en aquel tiempo. Cuando la Niña pronuncia el voto solemne, el Cielo fija su atención en tan grandioso acto. Y vos, Señor, ¿con qué ojos miráis esa pura y tierna víctima? La veis digna de Vos y la aceptáis. El sacerdote que la recibe en vuestro nombre, oye únicamente el sonido de las palabras; pero Vos descubrís los movimientos más ocultos del espíritu. Del fondo de su corazón os habla, y en el fondo de su corazón recibe vuestras respuestas. Allí la decís, más claramente aún de lo que en otro tiempo lo dijisteis á Jerusalén, que ella es

vuestra Esposa en fuerza de un contrato de justicia y santidad. *Sponsabo te mihi in justitia.* (OSE., II). La obligación, además, es perpetua por parte de María. El sagrado nudo ha de subsistir hasta la muerte, y hasta más allá de la muerte en la bienaventuranza. La obligación es también indisoluble. María fué libre para contraerla ó nó; pero una vez contraída, no quiere reservarse la libertad de quebrantarla. Considerase cautiva del Señor y para el Señor; pone toda su gloria y seguridad en el yugo á que se somete, dando de este modo á la obligación mayor valor y mérito á los ojos del Altísimo. Servir á Dios con la reserva de disponer en cualquier tiempo de sí mismo, de continuar ó interrumpir las obras santas que se emprenden, de añadir ó cercenar algo á gusto suyo, es contraer ante Dios una obligación incompleta, no entregándose totalmente á El. Del bien ofrecido se le deja, en cierto modo, el uso, reteniéndose la propiedad. Se le ceden, dice Santo Tomás, los frutos del árbol, pero sin darle el árbol. Renunciar á este poder, prohibirse esta libertad de que naturalmente es tan celoso el hombre, y querer ser tan de Dios que no pueda dejar de serlo nunca, es lo que los Santos Padres han ensalzado como la más heroica acción, como la ofrenda más preciosa. Por esta causa llamaron á tan difícil renuncia, no sacrificio, sinó holocausto, tanto más agradable á Dios cuanto más enteramente se le consagra la víctima.

¿Qué puedo añadir á lo dicho? Todavía me resta haceros observar, C. O., que la obligación contraída por la Santísima Virgen por un voto solemne, ha servido en el trascurso de los siglos de modelo á muchas vírgenes que, siguiendo el ejemplo de María, se consagraron al Señor, ligándose con los mismos vínculos. Aunque encerradas en la casa de Dios como en un puerto de seguridad, en un asilo contra los riesgos del mundo, no se creyeron por eso tan á salvo que no tomasen las mayores precauciones. Movidas de una prudente desconfianza de sí propias, y temiendo volver atrás, juzgaron serles preciso un freno que las contuviese, una ley que las obligase, un voto que las circundara á modo de barrera inmóvil y elevada.

Dirigiéndome ahora á vosotros, C. O., debo recordaros que servís al mismo Señor, ó por lo menos le debéis servir, con la misma asiduidad y con igual constancia. Diréis, y con razón, que estáis exentos del deber especial y propio del estado religioso; mas á pesar de ello, no debéis perder de vista que hay una obligación común, extensiva á todo hombre dotado de razón, y principalmente á todo cristiano alumbrado con la luz de la fe, y que no ha echado en olvido las promesas que hizo en la fuente bautismal; obligación, no de un día, ni de una época, sinó de todos los días y de todas las épocas. Si preguntáis en qué fundo esta obligación, os contestaré repitiendo lo que no há mucho decía, á saber: que Dios en todo tiempo, y siempre, es el mismo Dios, el Dios vuestro. Cuando deje de ser Dios,—disculpad esta suposición absurda,—cuando Dios deje de ser Dios, ó cuando vosotros dejéis de ser criaturas suyas y obra de sus manos, entonces, libres de

su ley, lo seréis también de su servicio. Mas puesto que Dios siempre será Dios vuestro, puesto que siempre tendrá sobre vosotros la autoridad de Criador, de conservador, de bienhechor, de último fin, de juez y de dominador supremo, siempre os impondrá el deber indeclinable y perpetuo de serle fieles; deber á que os obligan razones de justicia, de agradecimiento, de amor, de temor y de esperanza; deber que consiste en ejecutar lo que sea del agrado de Dios, en conformaros absolutamente con su voluntad, en honrarle de todo corazón, en subordinarle todas vuestras potencias, en procurar que vuestras intenciones sean siempre rectas, y, finalmente, en todo lo que la religión exige de vosotros. Esto es lo que se llama ser por siempre de Dios, y entregarse perpetuamente á su servicio. Digo perpetuamente, porque el haber cumplido esta obligación por algunos años, no es motivo admisible para dispensarse de cumplirla en los sucesivos, supuesto que el cumplimiento temporal no sirve para siempre. Bueno es empezar bien, dice San Jerónimo; pero es mucho mejor proseguir y acabar bien. Tiene razón el Santo, porque por buenos que sean los principios, necesitan ser coronados con un dichoso fin. El medio de llegar á este feliz término no es ciertamente pararse en medio del camino. Si así lo hubieran hecho los célebres Patriarcas de la Antigua Ley, á buen seguro que no daría la Escritura Santa el glorioso testimonio que de ellos da, cuando publica que murieron llenos de días. ¿Comprendéis el sentido de esta frase? Pues con ella da á entender el Espíritu Santo que aquellos piadosos varones santificaron todos sus días: *Mortuus est plenus dierum* (GEN. XXV). Es máxima fundamental del Evangelio, expresamente proclamada por Jesucristo, que nadie puede salvarse sin haber perseverado hasta el fin: *Qui perseveraverit, salvus erit.* (MATTH., XXIV).

Ved aquí, pues, H. M., con qué disposiciones debéis ofrecer vuestro corazón á Dios, presentándoos en su casa, á ejemplo de María. Ved aquí la humilde y firme promesa que le habéis de hacer de no abandonarle nunca, de no separaros en ningún tiempo de la fe que le jurasteis, da tener constantemente á la vista su santa ley, estimándola como á vuestro consejo, vuestra guía, y la regla de vuestras acciones, y hasta de las más difíciles empresas; promesa de no dar oídos ni á los intereses del mundo, ni á sus respetos, ni á sus costumbres, ni á sus máximas, ni á sus discursos; de no tener miramientos, ni con las inclinaciones, ni con las repugnancias de la naturaleza, siguiendo perpetuamente la misma senda, caminando sin variar el paso ni la dirección. ¿Os parece mucho, por ventura, consagrar vuestra vida, tan breve como es, á un Dios tan grande, autor además de esa misma vida?

María Santísima desde su primera consagración en el templo, hasta el postrer instante de su existencia, gozó en los piadosos ejercicios que la ocupaban, de paz y de deleites mil veces más puros que todos los falsos goces del siglo. María nos dará su ayuda, é interpondrá su santa mediación, para que consigamos las mismas delicias.

Bajo sus auspicios vamos á ofrecernos á Dios, como María, diciendo con igual resolución que ella: *In æternum non obliviscar justificationes tuas, quia in ipsis vivificasti me. (Ibid.)* Mi palabra está empeñada, Señor; á Vos pertenezco, y vuestro seré por siempre; pues por vuestra misericordia tengo el corazón dispuesto á ello. Olvideme yo de mí mismo, si un día olvidase al Maestro, que cuando me impone obligaciones, no tiene otra mira que la santificación de mi alma, y mi supremo bien, junto con su gloria. *Quia in ipsis vivificasti me.* Hubo en mi vida, demasiado cierto es, y por ello me confundo, tristes vicisitudes que me hicieron apartar de Vos, desobedeciendo vuestros mandatos; pero también es cierto, Señor, que quiero reparar como es debido aquellas faltas. Lo puedo aún, y lo ejecutaré. ¡Desgraciado de mí, si en lo sucesivo no tengo delante de mis ojos la ley santa que recibí de Vos, observándola exactamente, y tomándola por regla de todas mis acciones! Con tal guía, y siguiendo á tan seguro conductor, jamás saldré del camino recto, no obstante los escollos en que podría precipitarme, llegando por fin al puerto de la bienaventuranza eterna. Que os deseo, etc.

BRETONNEAU.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—María se consagra á Dios en su infancia.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—La santidad de María se acrecentó.

TERCERA CONSIDERACIÓN.—Bendiciones concedidas al sacrificio de María.

Quæ sivi sapientiam a juventute mea.
Busqué la sabiduría desde mi juventud.

(ECCII., LI, 18, 20.)

PRIMERA CONSIDERACION.

MARÍA SE CONSAGRA Á DIOS EN SU INFANCIA.

EL deber más estrecho é indispensable de la criatura racional es la de amar á su Criador, uniéndose á El, y eligiéndole por su fin último. Santo Tomás enseña expresamente que comete pecado grave el que no hace esta elección desde que el discernimiento empieza á desenvolverse, disipando las nubes de la infancia, es decir: desde que llega á la edad en que puede hacer uso de su razón y de su libertad. Sin detenernos á fijar precisamente el momento en que esto sucede, hemos de convenir en que el niño que usa ya de su razón está obligado, en cierto período, á cumplir con el primer mandamiento, que es amar á Dios sobre todas las cosas, y á ofrecerle, á lo menos en conjunto, sus acciones, porque cometería un criminal trastorno del orden poniendo su bienaventuranza y último fin en los bienes materiales.

¡Oh, y cuán poco conocido, y ménos practicado aún, es este deber! Las inclinaciones de la naturaleza, el aire contagiado que se respira en el siglo, las máximas perniciosas, los perversos ejemplos, la mala educación, la fuerza de la costumbre, arrastran consigo á la mayor parte de los cristianos corrompiendo su inocencia. Como sienten gusto en seguir los movimientos de la concupiscencia y mucho trabajo en combatirlos, el mayor número se pervierte casi en el seno mismo de su madre.

En el de la suya se consagró María á Dios, si hemos de creer á algunos piadosos Doctores; pero en lo que no cabe divergencia es en